tículo, se destaca su capacidad para asesorar y sensibilizar a las autoridades políticas
n la toma de decisiones, lo que mantiene al Ejército de Chile a la vanguardia de los
untos antárticos hasta nuestros días.

creación de la Base Antártica Libertador Capitán General Bernardo O'Higgins Ri-
uelme, representa un aporte significativo para la proyección y desarrollo de la inves-
ación, posicionando a Chile como un operador antártico referente. Esto se refleja
ada año, con las múltiples tareas que debe hacer su dotación en apoyo a tareas
ntíficas, de rescate, exploración y presencia permanente; dando cumplimiento de
ta manera, las tareas que se le asignan en la Política Antártica Nacional 2017.

soberanía, a través de la ciencia, puede encontrar diferentes ejemplos oncretos
a actualidad, proyectando de esta manera el accionar del Estado, el sarrollo
onal y bienestar, siendo una reflexión del general Ramón Cañas abso amente
nte en la actualidad, en donde el accionar del Ejército de Chile ha si fundа-
ntal para el sostenimiento de diferentes actividades científicas, en el ritorio
eno Antártico, lo cual muchas veces es desconocido.

storia del Ejército de Chile, marca importantes elementos que son fun enta-
para comprender en el accionar de su personal en la zona, en donde condi-
es cambiantes y extremas, exigen el desarrollo de capacidades únicas e per-
cionan la formación institucional y que se ponen a prueba en sus cruciale bores
Región Austral-Antártica.

iscontinuidad geográfica, la baja densidad y dispersión de su población y sus
iciones meteorológicas; no han sido impedimento para que el Ejército de Chile
n actor protagónico en el desarrollo de la región, gracias a la polivalencia de
edios y polifuncionalidad de su personal. A pesar de lo anterior, la existencia de
aisladas continúa siendo un desafío hasta el día de hoy, como, además, am-
consolidar aún más, nuestra presencia en territorio antártico, con la intención
tener una mejor posición para la revisión del Tratado Antártico en el año 2048.

mente, los soldados que hoy pertenecemos a la IV y V DE, somos los herederos
odios de la visión de O'Higgins y legado del general Ramón Cañas Montalva,
tanto, tenemos el deber irrenunciable de continuar su camino y seguir apor-
al desarrollo de nuestro país, teniendo siempre en mente a aquella anónima
ación de soldados, que alejados de toda comodidad y de fama, soportaron
los embates de la naturaleza y se mantuvieron firmes para heredarnos lo que
tendemos como Región Austral-Antártica.

Magallanes 1978: el rol del Ejército en la zona

Ph.D. Patricia Arancibia Clavel
Historiadora

I. ANTECEDENTES PREVIOS A LA NAVIDAD DE 1978

Mientras la mayoría de la sociedad chilena se sumergía en los preparativos festivos, una atmósfera de alta tensión se cernía sobre el teatro de operaciones austral. En ese crítico momento, los miembros de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile estaban movilizados en estado de alerta máxima, dispuestos, como lo habían juramentado ante Dios y la bandera nacional, a servir fielmente a la patria "en mar, en tierra o en cualquier lugar, hasta rendir la vida si fuese necesario".

En la Región de Magallanes y de la Antártica Chilena, epicentro del tenso conflicto del Beagle con Argentina, se concentraba la más alta fuerza de efectivos militares de su historia y todo estaba dispuesto para la guerra.

Por su ubicación, esta región era un enclave de gran importancia estratégica para Chile: con algo más de 132.000 kilómetros cuadrados, albergaba el Estrecho de Magallanes, uno de los pasos interoceánicos entre el Pacífico y Atlántico de incalculable valor para el comercio y la navegación internacional; desde 1940, tenía bajo su jurisdicción el Territorio Chileno Antártico, con todas las proyecciones geopolíticas, estratégicas y económicas para el futuro desarrollo del país; y, fundamental en esas fechas, era el escenario de batalla más seguro para la defensa de las islas Picton, Lenox y Nueva, que, localizadas al sur del canal de Beagle, eran el motivo del conflicto con Argentina.

La disputa, trascendía la mera posición territorial sobre dichas islas e islotes adyacentes: mantener la soberanía sobre ellas implicaba el control sobre vastas áreas de la plataforma continental y zonas económicas exclusivas con un importante potencial de recursos naturales.

Así, en el contexto que se estaba viviendo en diciembre de 1978, la XII Región de Magallanes –nominada así desde el año 1974– era el principal bastión defensivo del país y el símbolo de la soberanía nacional.

A partir de enero de 1977, el intendente, jefe de la Región Militar Austral y comandante en jefe de la V División del Ejército con asiento en Punta Arenas, era el general Nilo Floody Buxton, quien había asumido en reemplazo del general Washington Carrasco.[1]

Perteneciente al Arma de Caballería, el general Floody tenía una brillante y extensa carrera militar. Antes de asumir sus cargos en la región, se había desempeñado como director de la Escuela de Blindados, director de la Escuela Militar, comandante de institutos militares y comandante de la III División. A juicio del general Augusto Pinochet y de su Alto Mando, era el hombre más indicado para enfrentar una posible crisis en la zona austral. Su liderazgo era reconocido al interior del Ejército y sus subalternos valoraban su don de mando, capacidad profesional y humana, como también su equilibrio y firmeza a la hora de tomar decisiones.

En el ambiente militar había expectación, ya que, si bien se sabía cercano, aún no se conocía la fecha del veredicto del laudo arbitral sobre las islas que tanto Chile como Argentina habían encomendado en 1971 a su majestad británica, la reina Isabel II de acuerdo con el Tratado de 1881 y el Convenio de Arbitraje de 1902 suscrito por ambos países.

Desempeñarse como jefe de la Región Militar Austral era una gran responsabilidad, ya que, si llegaba a producirse un conflicto, debía coordinar y dirigir las operaciones militares conjuntas de toda la región. De hecho, como estaba establecido, frente a una circunstancia de esa naturaleza, debía constituirse el Teatro de Operaciones Austral Conjunto (TOAC), instancia donde estaban representadas las tres ramas de las Fuerzas Armadas de su jurisdicción: la V División, la III Zona Naval y el Ala N.° 3 de la Fuerza Aérea, todas con sede en Punta Arenas.

1 El general Carrasco había sido comandante del Regimiento Tucapel (Temuco), intendente de Concepción, agregado militar en Washington, vicepresidente de la Conferencia Interamericana de Defensa y comandante en jefe de la V División.

El general Floody estaba consciente de ello por lo que, inmediatamente de haber asumido, se dedicó a recorrer extensamente toda la región y a reunirse con los comandantes de unidades de la V División del Ejército, autoridades navales y de la Fuerza Aérea con la finalidad de formarse una opinión en el terreno del estado de la situación y de las posibles carencias militares existentes. Simultáneamente, se entrevistó con gobernadores y alcaldes para realizar una buena coordinación y percibir el espíritu que animaba a la población civil. Los resultados fueron positivos y, como posteriormente expresó él mismo, "en lo militar, constaté su excelente nivel profesional, cumpliendo cada una de ellas, las directivas de sus respectivas instituciones en los cuarteles y en las zonas en que correspondía actuar" (Floody, 2001).

Durante el primer cuatrimestre de 1977, la situación general con Argentina era tranquila y normal: fluía el intercambio turístico y cultural, existían contactos amistosos con las autoridades civiles y militares trasandinas, se realizaban visitas protocolares y de camaradería entre ellas, no existían tropas en la frontera terrestre y se respetaban los espacios marítimos y aéreos.

Sin embargo, la apreciación de que esta situación podía variar sustantivamente si el resultado del laudo arbitral era desfavorable para Argentina, era una posibilidad cierta que fue analizada en el cuartel general de la Región Militar Austral. De hecho, el propio Floody desconfiaba de la reacción trasandina, teniendo en cuenta que, históricamente, esta nunca había reconocido un tratado que les fuera perjudicial y que, si se daban similares circunstancias, aplicaría el mismo método que tan buenos dividendos le había reportado en el pasado.

Cuando, el 2 de mayo de 1977, se conoció el veredicto británico validándose la soberanía de Chile sobre las islas, los mandos militares de la región confirmaron rápidamente que se avecinarían tiempos muy difíciles. Argentina inició inmediatamente una fuerte campaña de prensa objetando el fallo y, de un día para otro, la paz y tranquilidad que reinaba en la zona fue rota por una actitud abiertamente beligerante en la frontera.

A partir de esta fecha, y mientras el Gobierno argentino iniciaba conversaciones políticas y diplomáticas con Chile, hubo constantes violaciones a nuestro espacio aéreo, provocaciones en el área marítima –como la instalación en julio de 1977 de una baliza luminosa en la isla Barnevelt– y varias incursiones terrestres[2] que demos-

2 Una de ellas –según nos relató el general Floody– se produjo en Natales, un sector cercano al retén de Carabineros de Casas Viejas, ubicado en la provincia de Última Esperanza, a unos 100 kilómetros al noroeste de Punta Arenas. Allí una sección de quince soldados argentinos cruzó la frontera y el comandante del Regimiento "Lanceros" de Puerto Natales, coronel Jaime González, ordenó a su tropa que –con decisión– exigiera el retiro inmediato de dichos soldados, lo que fue acatado rápidamente (Arancibia, Bulnes, 2003).

traban un espíritu belicista y la idea que, tarde o temprano, Argentina iba a desconocer el fallo. Las notas de protesta chilenas se multiplicaron, siendo la mayoría de ellas desechadas por la Cancillería trasandina.

Ello llevó al Gobierno chileno a acelerar la actualización de sus planes de defensa y a tomar las medidas necesarias para mantener incólume nuestra soberanía en la zona. Las órdenes impartidas por el general Pinochet y el Estado Mayor de la Defensa Nacional fueron claras: de acuerdo con el objetivo político estratégico del país, las Fuerzas Armadas tenían como misión permanente mantener nuestra integridad territorial, por lo que, en palabras del general Floody, Chile no cedería ante una presión argentina, sino que defendería sus derechos sobre las islas al sur del Beagle, exigiendo se cumpliese el fallo de su majestad británica, por ser un compromiso de honor contraído por ambos países y además, "legalmente obligatorio" (Floody, 2001).

Así, a partir de mediados de 1977, comenzó a desarrollarse una intensa planificación en las instituciones armadas y, desde el Estado Mayor del Ejército, bajo el mando del general Washington Carrasco, se impartieron instrucciones para que las distintas divisiones desplegadas a lo largo de nuestro territorio se abocaran a actualizar sus planes de campaña.

En Magallanes, el plan estuvo al mando del general Floody, quien consideró la organización defensiva conjunta de los frentes de combate de la región. En un comienzo dichos frentes fueron ocupados por los efectivos de las unidades de la zona, correspondiéndole a la V División del Ejército hacerse cargo de la defensa de la frontera terrestre, con un contingente que, a mediados de 1977, no superaba los mil cuatrocientos hombres, entre oficiales y tropa.

A juicio del almirante Roberto Benavente, en ese entonces a cargo del Estado Mayor de la Defensa Nacional, la correlación de nuestras fuerzas en relación con las argentinas era abiertamente desequilibrada. "En mi opinión en materia de Ejército había una relación de 1 a 5; de Fuerza Aérea de 1 a 2 y las únicas que andaban mas o menos equiparadas eran las Armadas, pese a que ellos tenían un portaviones y no sabíamos que tenían misiles en los helicópteros... Pero nosotros poseíamos otros factores que considerábamos de fuerza, especialmente el hecho que, en todas las ramas de la Defensa Nacional, estaba presente un alto espíritu guerrero y patriótico, muy superior al de nuestros adversarios".[3]

3 El recuento de "Military Balance" de 1978 indicaba que, en caso de una HV3, Argentina, Perú y Bolivia contaban con 234.550 soldados profesionales, contra 85.000 chilenos; 650 tanques vs. 146; 12 submarinos vs. 3 y 389 aviones de combate vs 97 de Chile (Arancibia, Bulnes, 2003).

Por otra parte, existía la gran dificultad estratégica de que posiblemente Chile tendría que enfrentar el conflicto no solo con Argentina, sino que también con Perú y Bolivia, ya que se acercaba la conmemoración de los cien años de la Guerra del Pacífico y las relaciones con esos países no estaban en su mejor pie. Es decir, lo más probable era que, de estallar la guerra, esta sería contra tres adversarios, de manera simultánea y en tres escenarios diferentes. Ello obligaba el despliegue de medios en frentes distantes unos de otros, afectando la capacidad de apoyo mutuo y dejando a los distintos teatros de operaciones dependiendo de sus propias fuerzas para llevar a cabo sus maniobras.

II. SITUACIÓN DE LOS SOLDADOS AUSTRALES DEL EJÉRCITO DE CHILE

En 1977, la V División estaba conformada por el Regimiento de Infantería Pudeto y el Regimiento "Blindado N° 5", ambos con sede en la capital regional; la Compañía de Ingenieros Motorizados N° 5, en Ojo Bueno; el Regimiento de Infantería N° 11 "Caupolicán", asentado en Porvenir, Isla Grande de Tierra del Fuego; y el Regimiento de Caballería N° 5 "Lanceros", ubicado en Puerto Natales.

Su personal e infraestructura era desmedrada para la misión que tenían que cumplir y, mientras se esperaban refuerzos, se ideó que sus fuerzas fueran desplegadas en los tres frentes de batalla que se establecieron para el Ejército: el "Pudeto" y "Blindados N° 5" debían proteger el frente de Punta Arenas; el "Lanceros" el frente de Natales; y el "Caupolicán" el de Isla de Tierra del Fuego. El problema estratégico no era menor, ya que el teatro de operaciones terrestre en la zona no tenía homogeneidad geográfica y existían grandes distancias y dificultades de conectividad entre los tres frentes.

La falta de equipamiento militar era notoria. Como ejemplo, a principios de 1977, la institución solo había destinado 8 tanques M-41 Walker/Bulldog, comprados en los años 60, a la zona comprendida entre Puerto Natales y Punta Arenas, y su artillería y defensa antiaérea eran muy deficientes.

A medida que avanzaba el año 1977, la situación se fue complejizando. Las conversaciones diplomáticas que había solicitado Argentina estaban empantanadas, ya que no tenían otro objetivo que dilatar una situación contraproducente para sus intereses. Por otra parte, el ánimo belicista de sus autoridades se mantenía con declaraciones altisonantes y continuos ejercicios conjuntos en el sur austral, que buscaban presionar a Chile.

Frente a ello, se hizo imperativo reforzar el Teatro de Operaciones Austral y desde el Estado Mayor del Ejército, el general Carrasco, quien conocía la situación de la región porque había sido el anterior comandante en jefe de la V División, hizo denodados esfuerzos para dotarla de equipamiento y personal.

> "Yo le mandaba a Floody todo lo que podía. Sabía perfectamente lo que le faltaba, pero nuestros recursos eran limitados y no teníamos presupuesto. De ahí que no nos quedó otra opción que endeudar al Ejército con cargo a las utilidades futuras de Codelco" (Reyes, Bulnes, 2003).

Mientras tanto, en el cuartel general de la Región Militar Austral, se estudiaban y definían objetivos y zonas de posibles empleos de la fuerza, así como se reforzaba la instrucción militar. Junto con ello, se iniciaron nuevos alistamientos y se dispuso que todos los blindados y vehículos motorizados que podían asignarse, se desplazaran a Punta Arenas y Tierra del Fuego. Por otra parte, en las instalaciones militares comenzó a almacenarse el armamento necesario para las fuerzas que debían llegar como refuerzo desde Santiago y otras regiones.

En un primer momento, todas estas funciones fueron realizadas por las tropas asignadas a la zona, las que, poco a poco, fueron aumentando en número para ir completando las dotaciones de las diferentes unidades de artillería, infantería, ingenieros y blindados.

El despliegue del nuevo contingente hacia la región no fue sencillo y todavía era escaso. Los cuadros se fueron completando lentamente con aquellos soldados conscriptos que habían cumplido con su servicio militar durante 1977 y que, por órdenes superiores, no fueron licenciados. A estos se agregaron efectivos de Carabineros, que se integraron a las unidades del Ejército.

Con todo, hubo que planificar de manera muy cuidadosa los traslados, la recepción en la zona, el transporte a las unidades base, el equipamiento, la alimentación y otras actividades logísticas, con la finalidad de que no fueran detectadas por los argentinos. Era fundamental el sigilo, ya que debía evitarse que estos tuvieran conocimiento del reforzamiento que se estaba realizando, del número de tropas existentes en la región y del tipo de armamento con que se contaba. De allí que la mayoría de estas acciones se llevaron a cabo durante la noche y de manera silenciosa.

La instrucción y el entrenamiento en las unidades de la región fue intensivo. Tanto oficiales como tropa participaban en permanentes ejercicios militares enfocados en

tácticas de combate en terreno, operaciones de reconocimiento y estrategias de defensa, todo ello en un escenario de diversidad geográfica y climática que exigía un trabajo duro y especializado.

El soldado conscripto Gregorio Norambuena cuenta que hizo el servicio militar en 1977 en el Regimiento Caupolicán "y que fue encuadrado como fusilero en una compañía que partió a Tierra del Fuego. Todos los soldados de su unidad fueron llevados en un camión civil, con el equipo de combate, a la zona Sección Río Grande". Las primeras semanas, relata, "estuvimos en carpas, en un invierno con mucha lluvia y nieve...", siendo desplegados a las trincheras que ellos mismos habían construido. Cuando terminaron y cada uno ocupó la suya, "nos despedimos e hicimos el compromiso que aquel que quedaba vivo, le debía dar sepultura digna al fallecido, como un sentimiento de pertenencia a los demás" (Fernández, 2018).

La situación tomó un giro aún más complejo al iniciarse el año 1978. La apreciación que la factibilidad de una guerra era real, fue ratificada cuando, el 25 de enero de 1978 y luego del fracaso de una serie de reuniones diplomáticas, Argentina declaró insanablemente nulo el laudo arbitral. El ejército trasandino había desplazado tanques y otros equipos blindados desde los regimientos ubicados en la provincia de Buenos Aires a guarniciones situadas cerca de la frontera, desplegando tropa, aviones y su flota de mar hacia el sur. La movilización era abierta y desenfadada y fue acompañada de duras diatribas contra Chile realizadas por sus altos mandos políticos y militares.

A todo ello se agregó que los chilenos residentes en Argentina que vivían en localidades cercanas a la frontera comenzaron a sufrir una creciente persecución y hostilidad por parte de las autoridades de ese país. De hecho, más allá de sus funciones militares y como intendente, el general Floody tuvo que resolver los serios problemas que durante todo el año 1978 afectaron a nuestros compatriotas. "Cientos de chilenos fueron expulsados desde las ciudades limítrofes, más de mil trabajadores fueron despedidos de las minas de Río Turbio frente a Natales y nuestros camiones eran detenidos u obligados a pagar peaje en el paso Puyehue u otros, impidiendo la llegada de abastecimiento a la población. Esta situación causó gran preocupación en toda la Región de Magallanes y de la Antártica Chilena, sin embargo, los civiles mantuvieron siempre la tranquilidad, colaborando con las autoridades del gobierno regional y de los militares".[4]

En este contexto, Chile aceleró su alistamiento y preparación bélica. En Magallanes, la V División comenzó a recibir nuevo contingente para completar sus cuadros. De

4 Solo en enero de 1978, fueron expulsados de Río Turbio 128 chilenos, que se trasladaron a Puerto Natales. Luego, el número total de expulsados subió a 2.438 (Floody, 2011; Zauritz, 2003).

hecho, el 23 de marzo de 1978, un decreto supremo dispuso que los ciudadanos de las clases comprendidas entre los años 1947 y 1956 debían inscribirse en los registros de reclutamiento en un plazo de 30 días. La afluencia fue masiva, lo que permitió completar las unidades de base en un tiempo récord y de manera discreta.

Los vuelos que transportaban a soldados y equipamiento del norte, centro y sur del país eran nocturnos, utilizándose aviones comerciales. Llegados a la zona, los nuevos reclutas eran trasladados directamente desde el aeropuerto Presidente Ibáñez a sus unidades de destino, por camiones y vehículos aportados por la población civil de Punta Arenas y alrededores, la cual, a esas alturas, era testigo del peligro que enfrentaba y estaba cien por ciento comprometida en la defensa de esta zona del país.

Entre abril y agosto de 1978, aparte de los conscriptos y reservistas, comenzaron a llegar a la región más de mil carabineros y oficiales del Ejército que estaban estudiando en los diferentes cursos regulares de la Academia de Guerra, Academia Politécnica y Escuelas de Armas. Estos oficiales fueron movilizados al ponerse en práctica el plan de destinaciones de emergencia, integrándose a las distintas unidades de la V División que partirían a los tres frentes de batalla terrestre dispuestos desde unos meses antes. Por otra parte, desde la Comandancia en Jefe del Ejército, se instruyó para que partieran a la zona unidades completas, como las del Regimiento "Buin" de Santiago, el Regimiento "Maipo" de Valparaíso, el Regimiento "Chacabuco" de Concepción, todos del Arma de Infantería; el "Andalién" de Cauquenes y Regimiento "Silva Renard" de Artillería, Escuela de Infantería y Escuela de Blindados, junto con unidades de ingenieros y tanques.

Entre los oficiales movilizados que formaban parte de uno de los cursos regulares de la Academia de Guerra, se encontraba el mayor Roberto Arancibia Clavel, quien, en julio de 1978, en pleno invierno, fue destinado al Regimiento Blindado N° 5 de Punta Arenas. Allí asumió el mando de un batallón blindado para dirigir su instrucción y entrenamiento. Fue duro. "No importaba la lluvia, la nieve o el viento, teníamos que estar preparados para lo que venía. Recuerdo particularmente el viento que levantaba piedrecillas que se incrustaban en la cara y el frío de la noche. Alojábamos en el terreno, adentro de los tanques y carros, que eran verdaderos refrigeradores que había que abandonar en la madrugada para no morir congelados. Trotábamos alrededor de ellos para entrar en calor, en espera que saliera el sol esperanzador". Después de un mes en sus funciones, fue enviado de vuelta a Santiago, aunque a los 15 días, a comienzos de agosto, le informaron que debía volver de forma inmediata a su puesto de emergencia en Punta Arenas. "Dos cosas me impresionaron: me entregaron una placa de identificación con todos mis datos para el caso de caer herido o muerto en combate y que me hicieron hacer mi testamento de guerra". Junto con otros movilizados, se embarcó en Pudahuel en una línea aérea comercial. La actividad allí era intensa. "Nuestros equipos eran precarios. Recuerdo a los soldados del Buin llevando sus útiles de aseo en bolsitas plásticas. Al llegar a Punta Arenas, nos trasladaron inmediatamente al regimiento, donde no había nadie debido a que la unidad ya estaba en su despliegue de combate, a más de 100 km del cuartel. Dormimos en catres de campaña y al día siguiente partimos al frente. Mi batallón se encontraba en una estancia más al norte de la localidad Cabeza de Mar y me reencontré con los soldados que había entrenado. Allí fui designado como oficial de inteligencia y operaciones del destacamento blindado que denominamos "Escorpión", pensando en la maniobra que haríamos sobre las fuerzas argentinas en caso de que penetraran a nuestro territorio" (Arancibia Clavel, s/f).

III. LA CIVILIDAD EN MAGALLANES

A fines de agosto de 1978, ya habían arribado gran parte de los refuerzos a la V División y en Punta Arenas se vivía un tenso clima bélico. De hecho, el gobernador de la ciudad emitió sendos instructivos recomendando la construcción de refugios antiaéreos en los patios de las casas, manteniendo en su interior agua envasada, velas y alimentos para resguardarse frente a un posible bombardeo. Por otra parte, se designaron subterráneos de edificios como lugares de defensa, se prepararon los hospitales para la emergencia y se designaron colegios para recibir a los heridos (Zauritz, 2003).

Todo ello era consecuente con lo que un mes antes, en julio, había expresado públicamente el general Pinochet, quien frente a las continuas provocaciones argentinas declaró a la prensa que Chile defendería su integridad territorial cueste lo que cueste (La Tercera, 1978).

La escalada belicista argentina llegó a un punto álgido en el último trimestre de 1978. En octubre, el general Floody recibió la orden del propio general Pinochet de que, "ante agresión de fuerzas argentinas defenderá su zona jurisdiccional combatiendo hasta el último hombre". Pinochet estaba consciente de lo que significaba una guerra, había buscado por todos los medios evitarla, pero también tenía claro que, frente a un ataque, había que preservar a como diera lugar nuestra soberanía. Confiaba plenamente en el profesionalismo de las Fuerzas Armadas chilenas y del espíritu patriótico que las animaba y, pese a la inferioridad de recursos, armamentos y de hombres que se tenían, era un convencido de que, si había enfrentamiento, la

capacidad de combate de las fuerzas terrestres, en especial de la Infantería, jugarían un rol clave en el frente de batalla.

Cuando el general Floody recibió esa orden, se reunió con su Estado Mayor para revisar y poner a punto el plan de defensa terrestre, marítimo y aéreo, planificado. Todo ya estaba dispuesto y las unidades de la V División desplegadas en sus zonas de operaciones y prestas en sus posiciones de combate.

IV. LA V DIVISIÓN DE EJÉRCITO Y SU ALISTAMIENTO POR FRENTES

Aparte de los refuerzos provenientes de los distintos regimientos y unidades militares del centro y sur del país, a ella se habían sumado miles de reservistas que provenian de la misma zona y de otras localidades. Todos ellos mostraron en terreno su convicción y fuerza para resistir una dura instrucción y las adversidades de las inclemencias del clima y del terreno.

A fines de 1978, la División alcanzó a tener más de 18.000 hombres dispuestos a la lucha. La gran mayoría de ellos se mantuvieron por meses en sus puestos de combate, relevándose ocasionalmente –por el desgaste físico y sicológico– solo a quienes estaban en primera línea (Sánchez, 2023).

En el frente de Punta Arenas, donde se preveían las operaciones principales, se planificó una operación de resistencia dilatoria en varias líneas defensivas hacia la profundidad, con la intención de desgastar al adversario, cubriendo las direcciones que confluían a la capital regional. Esta operación terminaba con una última posición defensiva en el sector de Cabeza de Mar, distante 54 km al norte de la ciudad. En esta maniobra participaban dos brigadas, un Destacamento de Infantería, –Pudeto, O'Higgins y Andalién– y una cuarta unidad de maniobra, el destacamento "Escorpión", organizado con unidades del Regimiento Blindado N° 5 "Dragones" y de la Escuela de Blindados. Allí el Regimiento de Infantería Reforzado N° 10 "Pudeto" y el Regimiento Blindado N° 5 habían establecido líneas de resistencia que se extendían desde el Seno Otway (al oeste) hasta tocar las aguas del Estrecho de Magallanes (este). En su organización, fueron consideradas todas las medidas propias de una defensa tenaz: posiciones para tiradores, posiciones para las armas automáticas y antitanques, instalación de morteros de 120 milímetros y de la artillería. Se ubicaron las zonas "a batir", vale decir aquellas que estarían sujetas al bombardeo de la artillería, para lo cual se hizo un completo plan de fuego a fin de lograr el máximo efecto y rendimiento en el tiro de las armas. En determinados lugares del frente, se construyeron zanjas de dos metros de ancho por dos metros de profundidad, activadas por campos minados para detener los tanques enemigos. Previamente se habían estudiado los lugares donde era factible la penetración de los blindados argentinos y se consideraron todas las medidas para neutralizarlos. Se tenía previsto el empleo intensivo de unidades de comandos detrás de las líneas enemigas y cuya misión genérica era acciones de infiltración y sabotaje (Urbina, 2018).

Las actividades en el frente eran variadas y a contra reloj. Nuestra ventaja –relata el oficial Roberto Arancibia Clavel, asignado a esta zona– era que nos defenderíamos en nuestro territorio, el que teníamos el deber de conocer palmo a palmo. En ese tiempo no había GPS u otros instrumentos modernos por lo que teníamos que confiar en las cartas topográficas y antiguas brújulas para ubicarnos en la vasta pampa magallánica. Con paciencia y tesón, marcamos nuestras rutas de aproximación al enemigo, con estacas pintadas. El terreno, muy plano en general, era muy traicionero, ya que abundan los bofedales y las vegas eran muy peligrosas para avanzar con los vehículos blindados que se enterraban hasta la torre. Recorrí incesantemente la frontera entre Monte Aymond y Morro Chico, nuestro frente, donde estaban desplegadas en primera línea las unidades antiblindaje y de infantería en posiciones bastante consolidadas. Nuestros tanques y carros estaban en una segunda línea, en una amplia zona totalmente mimetizada con redes y la pobre vegetación del lugar. Estábamos atentos a un sistema de alarma a través de pitos y señales, evitando el uso de las radios cuyo tráfico podía ser detectado por la inteligencia adversaria. Al anochecer se le hacía instrucción de corvo a los soldados, la que les gustaba mucho y con ella les manteníamos la moral alta. En la noche hacíamos ejercicios de desplazamiento, simulábamos los tanques con vehículos livianos y las tripulaciones de los carros marchaban a pie tal como si fueran embarcadas. Poco a poco se logró una gran coordinación, alcanzada gracias a una permanente actividad y una fuerte mística (Arancibia Clavel, s/f).

El segundo frente de batalla terrestre era Natales, zona muy cercana a la frontera con Argentina (no más de 15 kilómetros), donde se montó un dispositivo semejante al de Punta Arenas. Al estar a más de 250 kilómetros de las otras fuerzas militares, fue considerado como un frente muy crítico. Comandado por el coronel Jaime González Vergara, contaba con el Regimiento de Caballería "Lanceros" y otras unidades de refuerzo. Allí se había preparado para una defensa abierta en terreno, pero también en la propia ciudad de Natales a través de una guerra de guerrillas, que significó la creación de depósitos de armas y municiones por toda la zona.

El oficial Carlos Isler comenta que llegó por segunda vez a este frente en noviembre de 1978. La zona fronteriza ya estaba custodiada por personal militar, el que había

aumentado grandemente los trabajos de tierra (trincheras y zanjas), incluso con maquinarias del Ministerio de Obras Públicas en el sector cercano a Casas Viejas. En Puerto Natales se vivia un ambiente totalmente prebélico, sin casi presencia de hombres –la mayoría movilizados–, con el hospital con su techo con cruces rojas, Defensa Civil, bomberos, servicios públicos con especiales turnos y prioridades, civiles ofreciendo vehículos, etc. Las radios argentinas entregaban informaciones de oscurecimiento de ciudades, llegada de unidades, vociferantes proclamas, discursos altamente ofensivos y provocadores haciendo notar que pronto cumplirían su antiguo objetivo de llegar al Pacífico, indirecta alusión a Puerto Natales que está a solo 15 km de la frontera, en la parte más angosta de Chile, que quedaría aislada de Punta Arenas en el primer minuto de la guerra, confirmando nuestro concepto que en Magallanes estaría el principal teatro de operaciones del conflicto (Chahuán, 2019).

El tercer frente era Tierra del Fuego, donde se encuentra Porvenir, que estaba a cargo del coronel Óscar Vargas Guzmán y era protegido por el Regimiento de Infantería N° 11 "Caupolicán". Allí se organizó una brigada que contó con el refuerzo de los Regimientos "Maipo" y "Chacabuco". La misión –escribió el general Javier Urbina– era "contener una ofensiva adversaria, previendo ejecutar un cambio de actitud junto con el empleo de la Reserva integrada por la Brigada de Infantería de Marina para conquistar espacios de valor estratégico. Esta idea de maniobra que pudo haber tenido significativos alcances, tenía una doble complejidad. Primero, integraba fuerzas de dos instituciones en un objetivo común y de carácter terrestre. Segundo, estaba intimamente ligada al desarrollo de las operaciones en la zona del Beagle y al resultado de la batalla naval que libraría la Escuadra Nacional" (Urbina, 2018).

La moral y espíritu de los soldados y reservistas que provenían del centro del país era encomiable, soportando las inclemencias del clima y las adversidades propias de mantenerse por meses alejados de sus familias y su entorno habitual.

Perteneciente al 2° Escuadrón del Regimiento "Lanceros", el oficial Isler describe que esta unidad estaba organizada en el paso de Dorotea, con unos 100 hombres con una moral muy alta, de los que 62 eran reservistas, la mayoría de los cuales eran mineros en Río Turbio y eran los más deseosos de que estallara el conflicto para vengarse de los atropellos e injusticias que allí vivían (Chahuán, 2019).

Otro testimonio, pero ahora del frente de Tierra del Fuego, señala que "siempre mis hombres y yo estuvimos conscientes de la diferencia de fuerzas y de que lo más probable era que dejáramos nuestros huesos allá en la isla, pero ningún soldado ni carabinero dudó nunca de su misión, mantener la integridad territorial de la patria,

no importando el costo. Si bien al pensar en la familia que había quedado atrás –la esposa, los hijos chicos, los padres, etc.– era súper difícil aceptar esa situación terminal que como soldado nos estaba tocando vivir, mucho más difícil era mirar a la cara a los subalternos, a quienes probablemente estabas conduciendo a la muerte y darte cuenta de que ellos estaban conscientes de esta situación y no hacían la más mínima crítica, asumiendo con entereza y valor que no había otra solución. Allí supe lo que sintieron los 77 de "La Concepción", antes de su inmolación... Un chileno no se rinde, jamás" (Silva, 2018).

Por su parte, Santiago Sinclair, en ese entonces director de Operaciones del Ejército, recuerda que viajó a Punta Arenas y visitó las posiciones de Cabeza de Mar. "Ahí me encontré que los soldados estaban metidos en las trincheras, en medio de la nieve, hundidos en el barro, en las peores condiciones, con muy mal equipo, con enfermedades en los pies, etc. Y ahí, estando dentro de una trinchera, me encontré con un sargento con los labios partidos, y al que se le notaba el castigo que estaba recibiendo producto del clima. Y le digo: 'Sargento, ¿cómo está su unidad?'. Y me responde: 'Estamos bien mi general. Tenemos muy clara una cosa. Nosotros aquí estamos en la primera línea. Todos vamos a morir, pero tenga la seguridad que por cada uno de los nuestros que muera, van a morir diez argentinos'. Y eso me lo dijo el sargento vibrando. La motivación del soldado chileno era el polo opuesto de lo que pasaba en Argentina. Este factor sicológico fue muy importante en la disuasión"(Reyes, Bulnes, 2003).

En tanto, la población civil de Magallanes llevó a cabo una encomiable labor de apoyo a las fuerzas militares. Desde el inicio del conflicto, mantuvo una actitud serena, que no varió en los períodos críticos. Por el contrario, la gente –desde aquellos que tenían más recursos a los más humildes– se acercaba a los regimientos a ofrecer todo tipo de ayuda logística. Durante meses, gracias a sus camiones, por ejemplo, se pudieron trasladar miles de soldados a los diferentes frentes, lo mismo que equipamiento militar, vestuario y alimentación; gracias a sus bulldozer y vehículos pesados se pudieron construir trincheras, puestos de combates, refugios y zanjas para detener a los tanques enemigos. Por otra parte, los dueños de estancias cooperaron con la alimentación de los soldados y vieron transformarse sus galpones de esquila en polvorines e instalaciones logísticas, desde las cuales salían todas las noches las columnas de acarreo que transportaban los abastecimientos hacia el frente (Fernández, 2018).

Como relata el teniente Ilabaca, carabinero adscrito al Regimiento "Caupolicán", "el apoyo de los lugareños fue absoluto y logramos alimentarnos con corderos, con

la única condición de dejar los cueros en la cerca. Diversificamos la dieta con caiquenes o gansos salvajes, truchas que eran pescadas con anzuelos hechizos, manteca de cordero con sal de costa y postre con frutas silvestres" (Silva, 2018).

Otro de los oficiales destinado al frente de Tierra de Fuego testimonió, por ejemplo, que "en todo momento los arrieros de la zona se portaron muy bien, nos orientaban, nos enseñaban e instruían sobre los cambios atmosféricos, nos protegían durante las lluvias imprevistas, nos calentaban agua, etc., recibiendo de ellos mucho apoyo. Igual en estancia Laguna Blanca, su dueño, le decíamos "gringo Hifel", fue muy amable al disponer de sus instalaciones para acantonar el batallón. A cada rato nos preguntaba si necesitábamos algo. ¡Excelente relación con los civiles!" (Arancibia Floody, 2019).

Por otra parte, desde el momento en que se había declarado la movilización secreta selectiva, la gran mayoría de los jóvenes de la región se integraron como reservistas a las distintas unidades de la V División y fueron enviados a los frentes de combate. Todos ellos mostraron en terreno su garra y fuerza para resistir una dura instrucción. También los profesionales y adultos que no habían sido movilizados se ofrecieron voluntariamente para servir en diferentes puestos relacionados con el funcionamiento de los servicios básicos, hospitales y otros.

En diciembre, cuando la situación se tornó crítica, el general Floody entregó el mando de la V División al general de brigada Carol Lopicich D., para dedicar todo su tiempo y energía a dirigir y coordinar las operaciones de las fuerzas tridimensionales de la Región Militar Austral.

A mediados de dicho mes, todas las alarmas estaban encendidas. Se tenía conocimiento de inteligencia que en cualquier momento Argentina iba a dar curso a su "Operación Soberanía", iniciándose con ello la invasión a nuestro territorio.

Fue entonces que el 13 de diciembre, el general Floody reunió a los representantes de distintos sectores de la ciudadanía en el Teatro Municipal de Punta Arenas. "En forma franca les indiqué que, de acuerdo con informaciones existentes en el Cuartel General de la Región Militar Austral, el ataque de fuerzas argentinas para conquistar las islas Picton, Lennox y Nueva, podría producirse en cualquier momento, lo que significaba el inicio de la ofensiva terrestre y aérea en todos los frentes de combate de la región. Les manifesté que los efectivos de la Región Militar Austral estaban en condiciones de detener y rechazar dicha ofensiva, pero respecto de la aviación enemiga, a pesar de las medidas que tomara nuestra aviación, no sería posible evitar el

bombardeo sobre los centros vitales de nuestro territorio, aeropuerto, puerto, centro económico, fuentes de agua, ciudades, etc., y que dichos ataques causarían graves y trágicas consecuencias, pues se destruirían los servicios básicos de las ciudades, trayendo escasez de agua y de alimento, destrucción de hogares, heridos y muertos. Si alguno creyera no tener la tranquilidad y el valor para soportar los rigores y los sufrimientos de una guerra, les pedí que abandonaran la región. A pesar de esta cruda información, ningún magallánico abandonó sus ciudades: para ellos el dejar sus hogares, el dejar la región, significaba abandonar la patria. Qué orgullo sentí en aquella ocasión, al conocer su patriótica y valiente actitud" (Floody, 2011).

Cuando el 18 de diciembre, de forma unilateral, Argentina cerró su frontera y al día siguiente, el 19 de diciembre, el canciller argentino declaró que se había agotado el tiempo de las palabras, la guerra pareció inevitable e inminente. Ese día 19, pasadas las diez de la mañana, el jefe de la escuadra chilena, almirante Raúl López Silva, recibió un escueto telegrama de José Toribio Merino, comandante en jefe de la Armada y miembro de la Junta de Gobierno: Atacar y destruir cualquier buque enemigo que se encuentre en aguas territoriales chilenas (Arancibia, 2014).

V. LA SUERTE ESTABA ECHADA

En la Región de Magallanes, el Ejército, la Armada y la Aviación se encontraban en sus puestos de combate. Al norte del paso del monte Aymond, la tierra retumbaba y se escuchaba un sonido abrumador a causa de la práctica que hacían las unidades argentinas con su artillería y si bien, a lo largo de la frontera, el paisaje parecía desolado, bajo la tierra estaban los soldados chilenos mimetizados, en pozos húmedos, esperando con sus armas listas para entrar en acción (Arancibia Clavel, 2023).

El miércoles 20, mientras la escuadra proseguía a toda velocidad su avance al encuentro de la FLOMAR, en Punta Arenas, el general Floody, que ya había decidido que en caso de que los argentinos llegaran a la ciudad, esta iba a ser defendida calle por calle, casa por casa y palmo a palmo, vivía momentos de frenética actividad. El cuartel general, a esas alturas, se había trasladado desde la ciudad a los bunkers ubicados cerca de Cabeza de Mar, donde llegaban mensajes cifrados de sus comandantes en terreno, que daban cuenta de las posiciones y estado de las tropas e informaciones de última hora de Santiago que anunciaban una posible mediación del Vaticano.

Sin embargo, el jueves 21, a las 10 de la noche, aviones de la Armada detectaron a la flota argentina navegando en posición de ataque en la zona del Cabo de Hornos,

lo que anunciaba la invasión de las islas y el inicio de la "Operación Soberanía", el plan de guerra elaborado por las Fuerzas Armadas trasandinas y que tenían fecha y hora de la invasión: viernes 22 de diciembre a las 00.00 horas.

La escuadra chilena salió al encuentro de la flota argentina con orden de batalla. Sin embargo, exactamente a la 1:22 minutos del 23 de diciembre, mientras en la frontera terrestre nadie dormía esperando el primer disparo enemigo y los pilotos de la Fuerza Aérea surcaban los aires, llegó información que la FLOMAR había cambiado inesperadamente de rumbo, regresando a su base (Arancibia, 2014).

¿Qué provocó la detención de la invasión?: ¿las inclemencias del tiempo en la zona?, ¿la decisión a última hora de la Junta Argentina de aceptar la mediación del papa Juan Pablo II? o ¿la gran capacidad de disuasión mostrada por nuestras Fuerzas Armadas y Carabineros, las cuales, con profesionalismo, espíritu de lucha y en tiempo récord lograron defender la paz?

El recuerdo orgulloso de todos los miembros de las instituciones armadas y de civiles que durante el curso de los años 1977 y 1978 se enfrentaron al enorme safío de defender con sus propias vidas la soberanía de Chile, quedó para siem grabado en su memoria. El país no debe olvidar nunca a sus "veteranos del 78" Magallanes, que fue el bastión principal en la lucha por nuestra integridad territor

El Instituto Geográfico M cartografía austral-antárti

Cartógra

El Instituto Geográfico Militar fue creado por Decre N° 1.664 de 29 de agosto de 1922. Debido a las riguro nacionales que rigen los trabajos geodésicos, topográ la época, se fijan las obligaciones del IGM y mediante de Ley N° 2.090 de 30 de julio de 1930, se norman su tuye como "la autoridad oficial en representación del se refiere a la geografía, levantamiento y confección d asumiendo la responsabilidad de producir la cartogr nacional.

Para el cumplimiento de su misión, el IGM se rige po dimientos técnicos regulares de levantamientos geod cartográficos mediante métodos de estandarización rreno para obtener uniformidad en la precisión, los q adoptados para su elaboración y obtención mediant 9001-2015, que se enmarca en el Control de Calida material técnico, tan variado que contienen las carta general, clasificarse en diferentes temáticas, tales com orografía, hidrografía y nombres geográficos o topón compacta del territorio, en diversas escalas: 1:25.0 1:250.000 y 1:500.000, distribuidas a nivel nacional torio Chileno Continental Sudamericano", "Territori torio Chileno Antártico".